

—Frecuentemente son el producto de dos o tres personalidades. Esto no obedece al monopolio, sino a la escasez de plumas; si no fuera por las traducciones, las revistas aparecerían con regularidad de cometas. Para obrar con justicia agruparé a los plumíferos por clases: a) Los menopáusicos; la mayoría aplastante. b) Los que escriben de cuando en cuando: ejemplar casi extinto. c) Los prolíficos: unos empecinados que se aferran al número para ocultar su poca calidad. Pero la juventud es la plaga que consume a la fauna literaria. Hasta los viejos siguen siendo inmaduros. La prisa y el deseo de triunfo fácil han ocasionado infinidad de partos monstruosos. Se podría instituir un museo de fetos y abortos; hasta sobrarían ejemplares para regalar. Las naciones cultas se maravillarían de nuestros ensayos sin columna vertebral, de las novelas sin pies ni cabeza, y de los poemas que no alcanzaron el tercer mes del embarazo.

—¿Qué piensa usted de los jóvenes, de los cachorros, como se les ha llamado?

—le pregunté mientras lo imaginaba hundiéndose en el pantano de su perdición.

—Padecen los mismos defectos de los viejos, sólo que magnificados. Escritorzuelos a la última moda, engolosinados con cualquier forma que alcance un poco de éxito, pordioseros del ingenio, indigentes de todo talento. Si en Francia alguien triunfa con un ensayo sobre la inverosímil vida de las ranas, aquí cien fracasarán en el mismo tema. Si en México obtiene aplausos un soneto marxista, en adelante todos los versificadores lo tendrán por modelo. Toda regla alcanza sus excepciones; pero los justos, en este caso, no suman cinco.

El escritor anónimo se había transformado en Júpiter. Continuó lanzando rayos sobre los mortales.

—De los jóvenes, de quienes algo se espera, son los primeros en traicionar el ideal. Si algún talento poseen se apresuran a cambiarlo por un plato de lentejas. Ellos no son culpables, sino quienes devoran los bodrios, y se regocijan ante los monitos amaestrados; y la ley del mejor esfuerzo se impone fatalmente. Yo me inclino a la indulgencia con los gustos reblandecidos por la edad, pero a la juventud no la perdono.

Paul Léautaud: “Me río de las grandes obras, sólo me gusta la conversación escrita”

Son pocos los autores que frecuentan abiertamente la prosa autobiográfica, aunque todos, de manera indirecta, incurren en ella. Es un género que muestra claramente al autor, como esos libros de cartas (generalmente recopilados después de su muerte) o diarios, e incluso ciertas entrevistas, y una de sus mayores cualidades, es la presentación y recreación, no sólo del autor, sino de toda una época.

Todo esto a manera de introducción, para comentar la reciente publicación en castellano de un libro de Paul Léautaud, hasta ahora casi desconocido en nuestro país, excepto por el magnífico ensayo de José Bianco, “El ángel de las tinieblas” (*Plural* 31-32) y por una breve selección de aforismos publicados en el suplemento cultural de *Siempre!* hace un par de años.

La importancia y fama de Léautaud obedece, principalmente, a su célebre *Journal Littéraire*, recopilación de anécdotas, chismes y opiniones, suyos y ajenos, sobre un sin fin de cuestiones, que Léautaud apunta con gracia y, a veces, genialidad.

El libro que da pie a esta reseña, *Amores** es el recuento y la narración de las experiencias del joven Léautaud entre los años de 1888 a 1892, es decir, entre sus dieciséis y veinte años — hecha a catorce años de distancia, con un maravilloso poder de evocación y una gran vivacidad.

Alguna vez Proust (remito nuevamente al lector al ensayo de Bianco) opinó que *Amours* era “lo más atroz, lo más imbécil que existe”. Sin embargo, tal opinión no es muy de tomarse en cuenta desde el momento en que, al emitirla, pesaban sobre Proust razones de tipo moral y no de juicio artístico. Y *Amores* no acepta lecturas desde otra perspectiva que no sea ésta.

Léautaud avanzó por las páginas de *Amores* mezclando fechas, nombres, sucesos y ordenándolos a capricho. Es un narrador agudo, encantador, irritante. La narración no transmite sus recuerdos de manera plana; el libro nos obliga a percibir climas, olores, un cúmulo de sensaciones que construyen una atmósfera. Pero sobre

todo, en *Amores* encontramos afecto: afecto prodigado a todos y cada uno de los personajes (y por lo tanto hacia el mismo autor —y vaya que Léautaud era una persona que se quería bien) a través de una prosa brillante, de un estilo concentrado que nos lleva párrafo a párrafo, como una conversación con un amigo. ¡Cuántas amistades se traban en las páginas de un libro!

Es imposible encontrar un momento vacío en la narración de Léautaud, un punto flojo en su relación de los hechos. Un suceso sigue a otro sin proyectar sombra ni cansancio. El libro se lee no sólo con admiración y placer, sino hasta con cierta nostalgia.

Léautaud nos remite a los grandes conversadores, ameno, espontáneo, directo. Uno de sus mejores recursos es el uso irónico de los adjetivos, que da al libro un tono de malicia y picardía, mejor dicho, de inmoralidad, que tanto irritó a Proust.

La mejor prueba de la calidad de *Amores* la da la traducción de Josep Elías, que, aún siendo floja, todavía logra transmitirnos el vigor de Léautaud. ¿Para qué más comentarios?

Rafael Vargas

Amores, Paul Léautaud. Premia Editora. Colección “La nave de los locos”. México, 1977, 90 pp.

Las huellas del lenguaje perdido

Hacer antropología siempre ha significado correr graves riesgos: estudiar un grupo humano sin recuperar más tarde su lenguaje; seguir una vocación de desarraigo arrastrando la nostalgia de un mundo perdido; seguir las huellas de otras culturas sin dejar de codificarlas con estructuras racionales que terminan por absorber y disolver su naturaleza radicalmente diferente de nuestro sustrato occidental.

Porque hacer antropología —nos recuerda Jean Duvignaud en *El lenguaje perdido*¹— es mucho más que estudiar mitos o registrar fonemas. De Morgan a Lévi-Strauss (pasando por Levy-Bruhl, Frobenius y Malinowski), el acto antropológico ha quedado sepultado bajo el peso de la costumbre